

PRÓLOGO

Decir que la prensa está en crisis es una perogrullada. Es cierto que la crisis económica lo domina todo y que la prensa escrita conoce un particular momento de confusión. Se está ante un cruce de caminos sin saber cuál tomar. Es decir, si el periódico de papel tendrá vida futura o si se impondrán las ediciones digitales, que en este momento ocupan ya un cierto lugar. Como en la Bolsa, las impresiones de hoy pueden condicionar los valores del futuro. Y si la prensa escrita pierde publicidad, deja campo libre a las modalidades del sector informático. De todas maneras los fieles a la informática no tienen en cuenta el valor humano que hay detrás de cada línea escrita. Hoy hay menos periódicos que hace unos pocos años, pero los escritos a conciencia se sostienen mejor. En Internet uno puede hacerse con la noticia que antes sólo era apta para circular entre empresas. Internet convierte en rumor lo que podrían ser verdaderas noticias y las deja en mitad de la calle. Calle o desierto, porque en estos pasados días hemos visto cómo Marruecos ha intentado cerrar a la prensa el

territorio saharaui sin lograrlo suficientemente. No tardará en llegar el día en que antes de leer una información se querrá saber quién la firma, sea persona, agencia o periódico. Será la única manera de equivocarse lo mínimo.

Es hora que diga que los periodistas quedarán catalogados más que ahora y que algunos de ellos, como Antoni Coll Gilabert, pese a haberse jubilado, acreditará siempre con su firma lo que escriba.

En realidad se vuelve a los principios, como en tantas cosas. En el siglo XVIII surgieron unos periódicos que daban noticias puramente económicas y circunstanciales. En Barcelona, por ejemplo, aparecía diariamente el “Dietari”, que daba cuenta de la salida y entrada de barcos del puerto, así como de productos para el mercado. Sobre una parecida hoja y en tiempos de la Guerra del Francés apareció el “Diario de Barcelona”, el más antiguo del continente europeo, aunque posterior al “The Times” de Londres, que no es continental sino insular. El “Diario de Barcelona” siguió publicando no sólo noticias económicas sino de pensamiento político y social y tanto es así que popularmente se le llamaba el “Brusi”, por ser éste el apellido de su principal fundador.

Los periodistas, aunque no nos conozcamos personalmente, acostumbramos a tener una idea sobre las características de cada cual. Hace tiempo que tuve ocasión de medir la calidad profesional y personal de Antoni Coll. Como ya conté en su día, siendo yo director de la agencia EFE visité al director de un periódico de Zaragoza llamado “El Noticiero”. Salio a recibirme un joven de “mirada limpida” y aquel día inauguramos una amistad que la distancia geográfica no ha mermado. Hoy aprovecho el momento de su jubilación para hacer constar que Antoni Coll Gilabert quedará como un hito de periodista del pasado y del futuro.

Carlos SENTÍS

PRESENTACIÓN

Como en el caso de aquel noble de Avila que habitaba junto a la muralla, aunque en mi caso por voluntad propia, el día de mi jubilación cerraba una puerta a cuarenta años de periodismo y abría otra a un tiempo de duración indefinida, en el que podría escribir sin la presión del último acontecimiento y del cierre periodístico. Me permitiría esperar a que llegara la inspiración, sabiendo, eso sí, que esta misteriosa dama para sus visitas siempre pone la condición de que le encuentre a uno trabajando.

Acondicioneé un despacho soleado en mi piso de Tarragona, última estación de mi recorrido por cuatro ciudades y seis periódicos. Un despacho con un pequeño y florido balcón que se asoma a un silencioso parque.

Recordé aquella sentencia de Cicerón: “¿Qué más puede pedir un hombre que una pequeña biblioteca que se abra a un jardín?”.

Allí, en medio de libros acumulados durante años, ante una mesa con ordenador, me quité con gesto casi solemne el reloj, como signo liberador. Me lo habían regalado mis compañeros con ocasión de mi primera despedida después de dirigir durante 16 años Diari de Tarragona. Cuando me retiré por segunda vez -ya que, pasado un año, se me encargó la dirección por otros tres- no hubo regalos. Pero me llevé a casa muestras de simpatía, que parecen fugaces y no lo son. En el recuerdo permanecen como el mejor obsequio.

Que me quitara el reloj no significa que estuviera dispuesto a perder el tiempo. Recordaba el lema que cabalga en un reloj de pared de una población italiana “Horas non numero nisi serenas” (sólo marco las horas serenas). El tiempo es un bien escaso, desconocido en la infancia y poco apreciado en la juventud. Cuando se inicia la vejez cada minuto es valorado como en la cuenta atrás del lanzamiento de un cohete, pero se vive sin angustia, con el reposo con que la fe y los años enseñan a distinguir lo urgente de lo importante.

En estas reflexiones andaba: debía aprovechar el tiempo, pero ¿en qué? Se me ocurrió escribir, como todo el mundo, unas Memorias, pero mi vida no podía interesar demasiado. En cuanto a mis pensamientos, los conocían sobradamente los lectores después de aguantarme un artículo diario durante los últimos 20 años.

Además, para escribir sobre experiencias vividas debería contar con la ayuda de mi memoria, que con frecuencia esta facultad, cuando trataba de evocar un hecho concreto, se perdía como un montañero en la nieve. Pero...

GIL ROBLES ME DEVUELVE LA VISTA (Y le cuento mis estudios de periodismo)

De repente alguien apareció en mi habitación.

—No debería culpar a su memoria. Al cabo del tiempo, ella me ha traído hasta su casa.

—¡Oh, no es posible!

—¿Qué no es posible?

—¡Gil Robles!

—Sí.

—José María Gil Robles, el fundador de la CEDA, el líder de la derecha durante la II República, sobre quien hice mi trabajo de tesis de fin de carrera...!

—El mismo.

—Me atendió usted muy bien cuando llamé a su puerta en la calle Velázquez, 3 de Madrid. El año 1966. Me extrañó ver que no tenía su nombre en el buzón.

—No debía dar facilidades a mis enemigos. Recuerde que había participado poco antes en el exilio en lo que los franquistas llamaron “Contubernio de Munich”.

—Habla usted de enemigos. Hoy hablaríamos de adversarios.

—Viví en un tiempo en el que los adversarios eran enemigos.

—Siempre le agradecí que me dedicara unas horas.

—Me cayó usted muy bien. Era muy joven entonces y supe ver en el brillo de sus ojos que le apasionaban el periodismo y la historia.

—Tenía 23 años y estudiaba el último curso de Periodismo en Navarra. Fue Antonio Fontán quien me sugirió hacer un trabajo sobre usted, y cuando me lo propuso le pregunté: ¿Pero Gil Robles no ha muerto?

—No me extraña. En la postguerra los directores de los periódicos y de la radio tenían orden de silenciar mi nombre. Para ellos estaba muerto. Pero pasados los años obtuve permiso para regresar del exilio y vivir en Madrid, eso sí con la condición de que no se supiera que estaba vivo.

—Es decir, usted no podía hacer nada.

—Excepto escribir “No fue posible la paz”.

—¿Por qué no fue posible?

—Por la existencia de dos Españas. Yo intenté una política de reconciliación, pero al colocarme en medio fui arrollado. ¿Quiere saber quién tuvo la culpa del desencuentro? La izquierda no veló por el orden y la derecha desatendió la justicia.

—Antes de publicar este libro, tuvo la gentileza de avanzar algunas ideas al concederme una exclusiva con aquella larga entrevista que le hice. Fue un detalle concederme aquella primicia.

—Perdone que le sea sincero: le di la exclusiva porque pensé que su trabajo no lo leería nadie excepto el director de su tesis.

—¿También fue sincero al enjuiciar conmigo a los líderes políticos de la República?

—Sin duda. Un privilegio de la vejez es decir sin temor la verdad. ¿Recuerda qué le dije?

—Perfectamente.

—De Azaña no le hablaría muy bien...

—Me dijo y así lo escribí: era un hombre muy inteligente, con una gran capacidad como literato y como político, pero tenía dos grandes defectos: primero una soberbia tremenda, que hacía que se encontrara como endiosado; segundo, una extremada cobardía personal. Añado ahora que era un gran orador.

—Por Casares Quiroga mostró aún menor simpatía. Anoté su comentario: “Le gustaba molestarme; sabía que yo me acostaba pronto y me citaba a las dos o las tres de la madrugada en Gobernación, en la Puerta del Sol. Me daba un cigarro, sabiendo que no fumo. Al decirle que no me apetecía, me respondía: “¿Le da asco porque estoy tuberculoso? Era maleducado”.

—Le hablaría también de don Niceto Alcalá Zamora, el primer presidente.

—Me contó que cuando usted le pidió explicaciones por no encargarle formar gobierno, pese a su rotunda victoria electoral en 1933, le contestó que no podía hacerlo porque usted, Gil Robles, no hacía fe de republicanismo.

—¡Lo decía él, que había sido alto cargo de la Monarquía!.

—En efecto. A quien don Niceto nombró presidente fue a Lerroux...

—Prefiero no hablar del personaje.

—Tampoco quiso hablarme de Prieto y de Largo Caballero.

—La ruptura del socialismo en dos, la radicalización de Largo, contribuyó al clima que desató la guerra.

—De quien me habló en aquella conversación fue de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange.